

# CADA UNO...

Emilia Pardo Bazán



VISITANDO la biblioteca y capilla de un establecimiento de enseñanza fundado por la orden religiosa más combatida de los tiempos modernos, me llamó la atención el aire de gran cortesía mundana que conservaba, bajo la estrecha sotana negra, el sacerdote constituido en *cicerone* mío. El hábito es como el uniforme: desde lejos iguala, pero visto de cerca tal vez hace resaltar más de bulto las diversidades personales, la infinita variedad individual.

Sobre aviso ya, miraba al sacerdote y se iniciaba en mí el proceso de reconstitución de una fisonomía que hemos conocido mucho en otro tiempo, y que ha cambiado hasta el extremo de ser difícil identificarla. La persona desaparecida de la sociedad y que yo suponía volver a encontrar en el jesuita, tenía más alta estatura, líneas esbeltas, de exquisita elegancia meridional en su torso; el pelo castaño, ensortijado con gracia; la barba del mismo matiz, sedosa, recortada en punta; los ojos soñadores o alegres, garzos y envueltos en sombra de pestañas tupidas; la frente tersa, marfileña; los labios provocativos, rojos, retadores bajo el bigote caballerescamente retorcido; el aspecto animoso de un retrato de galanteador y batallador; y el agrídulce de los caracteres desenfadados, propensos a cierta elegante insolencia.

No tardé diez minutos en compaginar lo pasado y lo presente. La estatura, ¿no disminuye al encorvarse y agobiarse de espinazo? Las líneas del quebrado talle, ¿no se alteran cuando el cuerpo se encorva? ¿No se cae el cabello? ¿No se rasura la barba? ¿No se apagan los ojos, no los quema y despoja el llanto reprimido? ¿No se consume la boca? ¿No se muda un semblante hasta quedar desconocido para quien más lo amó en este mun-

do? Y en el caso presente no era así; restando todo lo que había que restar, ciertos rasgos se marcaban, se precisaban, imponiéndome ya la evidencia, hasta arrancarme la exclamación:

—¡Enrique! ¿No me conoces?

Él permaneció encalmado, dueño de sí mismo. Sin embargo, pronunció con serenidad, a su vez, mi nombre de pila.

—Te conocí desde que entraste. Lo que me extraña es que hayas caído tú en quién soy. Creí estar más desfigurado.

—Y lo estás. ¿No me abrazas? —añadí intentando echarle los brazos al cuello; él se desvió, y quedé a media acción, impresionado.

—Tengo gusto en verte —pronunció como pronunciaría «buenas noches»—. Tengo sumo gusto. Por aquí viene gente que me trataba... entonces; nadie sospecha... No me ocultó; pero si no caen en quién soy... prefiero callarme.

—Oye, Enrique —exclamé apoderándome de una mano, que encontré seca y ardorosa—. Éramos bastante amigos... ¿te acuerdas? Salí a viajar; pasé dos años en Londres... y a la vuelta no te encontré en S..., y nadie supo darme razón de tu paradero. Pregunté... y, dispensa... me cuchichearon no sé qué historia, no sé qué drama, que confusamente empiezo a esforzarme en recordar... Era y no era; cada versión aparecía distinta... De mi memoria se ha ido el suceso, y detalles, y suposiciones...; pero queda la impresión de una fatalidad que pesa sobre ti... ¿Me equivoco? ¿Puede un amigo verdadero servirte de algo?

Enrique alzó los ojos, los clavó en mí, y encontré por un momento la irradiación de sus pupilas de antes. Había algo de malicia y mucho de penetración superior en aquel mirar.

—Gracias —contestó sin inflexiones en el acento—. Tengo cuanto necesito; he descubierto y aplicado el remedio de mis males. Además, ahora veo claras muchas cosas que antes eran para mí ininteligibles. Te lo voy a demostrar. Tú crees de buena fe ofrecerme ayuda por simpatía y compasión, cuando lo que sientes es curiosidad. No, no te disculpes... La curiosidad en este caso es natural. Yo también la experimentaré. Y como se me figura que no redundará en perjuicio, sino acaso en provecho de tu alma el saber la verdad de mi enigma, voy a pedir permiso para contártela... Espérame aquí.

Poco tardó en volver. Hízome una señal afirmativa con la cabeza, y me condujo al locutorio del establecimiento, completamente solitario entonces. Era una sala cuadrilonga, espaciosa, pintada al temple de color uniforme, amueblada con sofases y sillas de rejilla, decorada tan sólo con dos o tres muy medianos cuadros al óleo: María Auxiliadora, san Ignacio, la Sacra Familia. Nos sentamos en un ángulo, ante una puerta vidriera. Nadie me quitará de la cabeza que detrás de aquella puertecilla de deslustrados cristales alguien escuchaba. Acaso sea aprensión mía, nacida de la reserva y pudor de lenguaje con que el jesuita se expresó. Habiendo yo tenido después ocasión de comprobar todo lo que me dijo, no conservo escrupulosamente la forma de su relato, sino que la traduzco con entera libertad, y hasta con el color efectista que revistió en mi imaginación exaltada...

\* \* \*

—Ya sabes quién era yo y cómo vivía —principió Enrique, entrando de rodillas por la puerta de humildad de las grandes profesiones—. No diré como Mañara, aunque podría decirlo con más razón que él, que fuese el peor hombre del mundo; diré sólo que era uno de tantos hijos del siglo, nacidos con la mesa puesta, recibidos por la sociedad con la sonrisa en los labios y consagrados, desde que les amanece a mediodía, a la abrumadora tarea de hacer su capricho. Mi padre —perdónele Dios, que yo sólo de amor y bondad excesiva pudiera acusarle— me dio rienda floja, dinero largo, y solamente me rogó, con los mayores extremos, dos cosas: que no me olvidase de casarme a su tiempo, y entre tanto, cuidase lo posible mi preciosa salud. «Quiero que me des nietos, unos nietos muy guapos», advirtió acariciándome. «No te esclavizo; primero deja correr la juventud, y cuando llegues a los treinta y pico... boda.» Insistió reiteradamente en esto, añadiendo que, llegado el instante, él me buscaría novia arreglada a mi posición y además guapa y atractiva. Como yo por entonces andaba muy lejos de pensar en bodas, y consideraba tal contingencia remotísima, prometí cuanto quiso mi padre, y quedó acordado, las cosas han de decirse en puri-

dad, que yo fuese libre mucho tiempo para hacer el mal que quisiese, y pasado este plazo me transformase en ciudadano respetable, útil a mi patria, en esposo y padre de familia.

Usé de mi libertad como suelen los muchachos; repartí el tiempo entre el campo, Madrid y S..., intercalando viajes a París y sirviéndome las temporadas que pasaba en la corte y el extranjero para volver con mayor experiencia de goces y travesuras y ser más admirado e imitado por los restantes ociosos y perdularios de mi ciudad natal. Ahora que recapitulo acerca de mis obras en aquel período, comprendo que yo en el fondo no era un vicioso, o al menos ninguno de los vicios que contraje llenaba mis horas con un estímulo superior al aburrimiento. El juego, dueño tan imperioso del que nace bajo su sino fatal, fue acaso de todas mis disipaciones la que más me dominó, pero sin ese acérrimo atractivo, superior a la razón y al instinto de conservación, que ejerce sobre sus víctimas, sino sencillamente porque yo veía en el juego un medio de reforzar la pensión, nada floja, que me servía mi padre, y de derrochar más duro. Tenía suerte, una suerte insensata, y la aprovechaba sin parar la atención en que, cuando se gasta mucho más de lo que lícita y naturalmente se puede, se es blanco de la calumnia. Hoy la calumnia no me importa, porque nosotros somos los grandes calumniados, los calumniados por privilegio histórico; pero entonces, si realmente yo profesase el ideal del honor burgués, con el cual se intenta sustituir en la sociedad contemporánea a tantos ideales muertos, debiera preocuparme el que en S... murmurasen, con la intención que se presume: «Este demontre de Enriquillo Arcos, ¿si tendrá montada fábrica de moneda falsa en las bodegas de su padre?».

Lejos de intentar explicar a mis conciudadanos el secreto de mi lujo —y no me hubiesen creído, las explicaciones que restituyen la honra, en este caso relativa, no suelen creerse—, preferí deslumbrarles y echarles a la cara las motas del barro que salpicaban mis trenes a la calesera. Miraba con el mayor desprecio a la humanidad, y si la humanidad era pacífica, seria, laboriosa, me parecía doblemente menospreciable, buena para burlarla con jugarretas mortificadoras y crueles. Con los muy inferiores era más bondadoso, por lo cual me gané simpatías de

la gente plebeya; en cambio, mis burlas me valieron, en otras esferas, nota de desalmado, y me crearon una leyenda que era mi orgullo. Sí; yo me sentía orgulloso de asustar a las viejas y a la gente apocada y timorata; me complacía que rodease mi nombre la aureola de ese temor que no se funda en cosa alguna concreta, y estaba seguro, por otra parte, de que las mujeres bonitas, a cualquier clase social que perteneciesen, se sentían fascinadas por mi desenfado y mis arranques. De esto tuve pruebas positivas.

Eran las mujeres para mí como todo lo demás: un modo de entretener desocupadas horas, un estimulante, una sensación violenta y un fastidio de muerte alternados. Es curioso y es ejemplar lo que me sucedía con las mujeres y sucede a muchos de los que con ellas, sin amarlas, estragan la flor del existir. Al momento en que, sinceramente, les decía las cosas más exageradas y apasionadas, sucedía el momento en que las arrojaría por la escalera sin reparo ni escrúpulo. Ese amargo sentimiento del desprecio a la humanidad que maceraba en hieles mi espíritu, nunca se revelaba tan intenso como en las relaciones con la mujer. El rencor de encontrar insatisfecha mi alma cuando mi cuerpo pecador se hartaba y vencía, transformaba el desdén en odio, transitorio y fugaz, pero odio bien definido, con todos los caracteres e impulsiones que los psicólogos reconocen en esta terrible pasión, superior en actividad al amor mismo.

¡Cuántas noches, o mejor dicho, cuántos amaneceres, al salir con el cuello del abrigo subido hasta las orejas y la cabeza aturdida de alguna cena con amigos, igualmente pervertidos que yo, la última carcajada y la última copa de champaña ahogaron en mis labios el «huye, mujer, te detesto», del poeta romántico, la imprecación que sentía entre los labios y que el miedo a ponerme en ridículo me impedía formular! Mis compañeros se hubiesen reído, y acaso mi prestigio de hierofante del culto báquico y saturnal padecería. Sin embargo, en el fondo del corazón muchos de aquellos chicos alegres, profesionales del mal vivir, llevaban clavada la misma espina.

De uno de ellos, por lo menos, me constaba. Y éste a quien me refiero influyó de un modo decisivo en el giro que tomó mi suerte.

Llamábase Donato Almanzora; era hijo del capitán general de S... y teniente de Artillería. Compañero de todas nuestras locuras, acostumbrábamos decir que nos las aguaba, porque, dándolas de moralista, siempre tenía qué reprender, cuando no con las palabras, con la actitud, encapotada y ceñuda. No se exceptuaba a sí mismo de las censuras que prodigaba a nuestra conducta, y se trataba de cerdo epicúreo, de árbol carcomido, de hongo criado en la podredumbre, y otras cosas semejantes.

Una tarde —antecedida por una noche borrascosa y una mañana de pereza—, como fuésemos juntos, a caballo, a reunirnos con otros compinches para merendar en un célebre ventorro, en las afueras de la ciudad, le vi tan abatido y compungido que le interpeleé irónicamente:

—¿Te duele algo? ¿Se puede saber si te metes cartujo?

—¡Ojalá! —respondió, arrancando del pecho un suspiro—. A bien que tengo esperanzas, si no de parar en cartujo, de parar, y muy pronto, en algo que me redima de la degradación en que vivo, y vives, y los demás que andan con nosotros.

Lo mismo que si fuese hoy, recuerdo el momento en que Donato se expresó así. La hora vespertina era esplendorosa, cual suele ser en el campo andaluz; las montañas, a lo lejos, se teñían de color de rosa, y los espinos blancos, las jaras y las retamas en flor olían a juventud brava y fogosa. A la derecha, al borde del camino, una cruz de palo, medio caída, señalaba el lugar donde quizás habría sucumbido un hombre. Donato espoleó a su caballo... y se persignó devotamente.

—Algo raro debe de pasarte, en efecto; ya me parecía a mí... Nada, que te veo en los altares.

—En los altares, no; pero en el ara de himeneo, que será para mí un altar... sí que has de verme pronto —exclamó resueltamente Donato.

—A ese altar no es difícil ir, cuando hay denuedo y bizarría...

Mi acento burlón debió de pinchar a mi amigo en ese punto sensible, en carne viva, que tienen los enamorados, y respondió enfáticamente:

—Denuedo le hace falta a una mujer como la que yo pretendo para unirse a mí, aunque más necesitaría para casarse conti-



go, que eres peor... yo, al menos, reconozco mis errores; yo, al menos, comprendo la distancia que va de mí a un ángel.

Sentí impulsos de soltar la carcajada, porque lo de *ángel* me pareció risible. Una impulsión refinadamente malvada me contuvo, pues el preámbulo había picado mi curiosidad de aburrido y ocioso, y vislumbraba, por oculta intuición, algo que pudiese entretenerme y saciar mi amor propio a expensas del ajeno. En una palabra: confusamente adiviné —a aquella hora tan dulce, en que Dios parecía querer infundirnos, por medio del espectáculo de la naturaleza, ansias de paz y bondad— la contingencia de desgarrar un alma... el alma de un hombre a quien llamaba amigo... y yo no creía cometer una maldad, sino solamente ejercitar un juego, cruel y fuerte, varonil.

He notado que una perversa intención principia siempre por un disimulo. Disimulé el regocijo irónico que me causaba el calificativo de *ángel*, aplicado a una novia, y afecté repentina formalidad e interés. Como la mayor parte de los enamorados sólo desean hablar de lo que les preocupa, Donato cayó en la red, y me enteró plenamente de cuanto ocurría. Refrenando su caballo, para prolongar la confidencia, al suave paso de andadura del hermoso alazán, me informó de que el ángel era Leonisa Mendoza, hija menor del viejo duque de Torquemada. Padre e hija venían todos los años a pasar tres o cuatro meses a S... desde que los últimos cierzos de febrero se convertían en soplos primaverales; pero hacían vida retirada y grave en su antiguo palacio de la calle de los Arcabuces, pues el duque había educado a sus hijas con monástica severidad, impropia ya de la época y costumbres actuales. Yo apenas les conocía; en cambio llevaba amistad superficial con la hija mayor, esposa de un aristócrata francés, de lo puro de San Germán; alguna vez había almorzado en su elegante residencia de la calle de Grenelle. El anuncio del noviazgo de Almanzora me sorprendió, deslumbrándome. La novia era bonita, de veintiún años, de altísima posición, de encumbrado nacimiento; más de lo que podía soñar un teniente con su espada por todo porvenir...

Comprendí que el estímulo de la vanidad y del orgullo fue en este caso refuerzo del amor, el cual, sin duda, existía; lo delataba el quebranto involuntario de la voz, el centelleo de

los ojos, la especie de reparo tímido al pronunciar el nombre de Leonisa, signos inequívocos que denuncian el amoroso interés.

Dada la perversión de mi sentir, fue todo esto incentivo para que la idea se precisase en mi cerebro. Yo, yo mismo, le quitaría a Donato su radiante novia, y no por los medios violentos y desaforados con que don Juan le roba la dama a don Luis, sino por otros tan hábiles y sutiles, que ni aún le quedase el derecho de mostrarse quejoso. Para mis fines no emplearía medio vedado por el código de la caballería mundana; y en mi soberbia, con sólo prometerme guardar tales prescripciones, creí sancionado y lícito mi propósito y empecé a gozar, mentalmente, de la impensada distracción que proporcionaba a mi constante hastío. La malévola complacencia debió de manifestarse o en mi sonrisa o en mis ojos, pues advertí en los de Donato súbita expresión de esa desconfianza casi animal, que nos previene contra un riesgo desconocido. Fue todo un relámpago. Activamos el aire de nuestras monturas, y llegamos al sospechoso ventorro, donde corrimos la broma con más ímpetu que nunca. Sólo lamenté la escasa imaginación del organizador de aquella zambra, un muchacho fanático mío, Pepe Velilla, que nos trajo las mismas mozuelas de las noches anteriores.

—Hijo —protestó Velilla—, no es mi culpa. Ya se me previno... Quise presentarte bocado fresco y de gusto... La Asunción, ¿no sabes?, la *Floría*, que acaba de llegar de Málaga con tronío y boato; como que hay allí un inglés más rico que Rotschild y la ha equipado por las nubes... Pero no le ha dado la gana a la flamenca. Dice que donde estás tú no quiere estar. ¿La conoces? ¿La has faltado alguna vez?

—Ni de vista... Me alegro saberlo —declaré intencionadamente—. A la primera que arregle yo, vendrá la *Floría*, ¡vaya si vendrá! Eres un pazguato, Pepillo, y esto está que parece un velatorio. ¡A meter bulla! ¡A romper vidrios! ¡A descuajarse!

Dos o tres días después supe que habían llegado a S... el duque de Torquemada y su hija, e interpeleé amigablemente a Donato. Entraba en mi plan disipar sus recelos, y creí haberlo conseguido.

—¿Estarás entusiasmado? ¿Habrás pali que por la reja?

—No me encuentro aún a esas alturas... —murmuró— Además, ¡cualquiera hace salir a una reja a Leonisa! ¡Con el rigor de sus principios, con su educación especial! Yo soy un pretendiente a quien miran con buenos ojos... Tengo fundadas esperanzas... ¡Pero la reja, es otra cosa! Esta noche iré a su tertulia: una tertulia de cuatro vejestorios, en el patio. Un coto... Allí no entra nadie...

—Casualmente —respondí como al desdén— tengo yo una visita para el duque; su hija Laura, la que está casada en París, me ha encargado que le salude. Hazme el favor de anunciarme hoy, y mañana les ofreceré mis respetos, como se dice. Así veré mejor a tu novia; apenas puedo decir de qué color tiene los ojos.

Me expresaba con tal naturalidad, que Donato no se amoscó; al contrario, dijo sonriendo:

—Bueno, entretendrás al duque.

—Aunque no es muy halagüeño el papel, lo acepto...

Cumpliose el programa, y a las diez de la noche del día siguiente pisé el patio morisco, de columnas alabastrinas, que visitan con admiración los ingleses en el palacio de Mendoza. Al atravesar la cancela del zaguán, alumbrado por rico farol de bronce, y penetrar en el recinto, donde Leonisa estaba sentada ante una mesilla, conversando a media voz con el arcediano, aquel señor famoso por sus eruditos trabajos, mal quise suponer que entraba en mi destino...

Leonisa me tendió la mano, diciéndome algunas frases amables, fundadas en que su hermana hablaba de mí en carta reciente. La novia de Donato era de corta estatura, de menudas facciones, por lo cual, si de lejos parecía bonita, no seducía ni la mitad que de cerca. Al aproximarse a ella, sorprendía lo profundo y aterciopelado de su mirar, la gracia y delicadeza de su boca de capullo, el primor de su dentadura perfecta, la gallardía de su cuello de cisne, y todos los encantos de su fisonomía meridional, seria y llena de sentimiento. El hechizo de su voz completaba el efecto casi fascinador que ejercía involuntariamente. Conocedor en la materia, desde el primer golpe de vista me di cuenta de la especie de mujer que era Leonisa; y consecuente en proceder con maña y tino, después de rendir amplio tributo a la cortesía social elogiando a la hermana au-

sente, cedí el sitio a Donato, que, impaciente, esperaba, y me consagré al anciano duque, según lo estipulado.

Entablé con el austero señor una de esas conversaciones sobre política del día, que escarban como garfios en opiniones e ideas y las sacan a luz. Me proponía saber por qué motivo el duque de Torquemada veía con gusto las pretensiones de Donato Almanzora, que no era un gran partido por ningún concepto, y a la media hora de charlar con el magnate, arrellanados en mecedoras, cerca de las rejas por donde entraba el aire tibio de la estrellada noche, comprendí la razón. El duque era partidario decidido de otros tiempos y otras costumbres, un moralista tan acre como Donato; encontraba desquiciada la sociedad, peligroso el giro que lleva y reprobable y anticristiana, en general, la vida que se hace en Madrid, sobre todo en los círculos elegantes. Casi me repetía frases de mi amigo; y entendí que esta identidad de criterio había hecho de Donato persona grata. Indudablemente, el duque no sabía que Donato andaba en los mismos pasos que otros mozalbetes; y no era la primera vez que yo notaba la habilidad de Almanzora para crearse fama de rígido, viviendo en la disolución. El comprobarlo me infundió hacia Donato humorístico desprecio; cuanto se hiciese contra el hipócrita era *justo*, según mi manera de discurrir.

Otro soltaría indiscreciones; yo, al contrario, elogíe a mi amigo, le calificqué de modelo de jóvenes, y confesé con afectada humildad que yo, en cambio, era un mala cabeza. Sonreía con cierta indulgencia compasiva el viejo, y se esponjó doblemente cuando, refiriéndome a su hija Laura, manifesté cierta melancólica envidia, como de réprobo a la puerta del Paraíso, ante la felicidad de aquellos esposos unidos y creyentes. Al despedirme del duque, retirándome de la tertulia temprano, mi convicción estaba formada, y dejaba la impresión que deseaba dejar.

Mientras me dedicaba al padre, mi ojo avizor, furtivamente, se posaba en la hija, a cuyo lado permanecía Almanzora. Oscura percepción me inclinaba a sospechar que tal vez Leonisa no compartía del todo los sentimientos de su padre respecto al joven teniente; o mejor dicho, y para que el análisis sea exacto, que los compartía, que estimaba a Donato, que aprobaba honradamente sus teorías —no conociendo sus prácticas—, que le

miraba sin desagrado, pero... En este *pero* encerraba yo un mundo de reticencias maliciosas y desengañadas, un abismo de psicologías femeniles interpretadas por mí del modo más desenfrenado. El semblante de Leonisa, el tono cálido de su timbrada voz, me parecían indicios de un alma vehemente y ardorosa, predispuesta a soñar y a sentir, y daba por seguro que Donato no poseía el talismán para penetrar en lo íntimo de la encantadora criatura. «Si no eres un necio, Enrique —pensaba yo—, tú la despertarás.»

Necio, lo hubiese sido si vuelvo a la tertulia la noche siguiente, ni en bastantes noches. En cambio, llamando a un granuja, servidor mío incondicional, espumarajo de mancebía y taberna, en el cual se rebullía una inteligencia agudísima de polizonte, le ordené que, con absoluto sigilo, y sin perdonar medio, espíase el palacio de Torquemada, indagase cuanto hacían sus moradores, y viniese a decírmelo, puntual y continuamente, con detalles y señas, no a mi casa, sino a un cafetín retirado y lóbrego, pero céntrico, donde otras veces nos habíamos citado para fines siempre misteriosos. Habitado a servir de medianero el granuja (*Jilguero* le llamaban), y con barro a mano, empezó a desempeñar su cometido con exactitud y astucia asombrosas. Ignoro qué cómplices de escalera abajo se procuró en la casa ducal, pero sé que me enteró al dedillo de los pasos de Leonisa, desde el momento en que, deslizándose de su blanco lecho virginal se calzaba finas chinelas y se envolvía en los encajes de su peinador, hasta que otra vez la cobijaban las holandas y las sedas de la colcha... Lo que me faltaba por averiguar, Dios sólo lo conocía... y yo me juraba a mí mismo conocerlo también en breve.

En mi táctica, érame indispensable el espionaje, porque no me convenía preguntar nada a gentes de mi clase y esfera, que extrañasen mi interés y me juzgasen enamorado de Leonisa. Una de las cosas más interesantes para mí era saber a ciencia cierta el estado de sus relaciones con Almanzora. Me sería difícil averiguarlo por el interesado mismo, sin renovar sus indefinibles sospechas. El tiempo me demostró que acertaba, pues Donato, como todo enamorado vagamente celoso, no siempre era sincero. A los tres días de espiar, me constaba que los supuestos no-

vios no se escribían, y que sólo se veían y hablaban a la hora de la tertulia en el patio. A los tres días también, me había yo tropezado *casualmente* con Leonisa en la calle, volviendo ella de tiendas o de misa varias veces, saludándola respetuoso, aparentando no buscar la mirada de los ojos árabes, que me seguían, no pude dudarle, por espacio de un segundo, tal vez curiosos, tal vez guiados por involuntario movimiento.

No obstante, entre la servidumbre del palacio de Torquemada se decía que el señorito Donato era el novio de la señorita, estando en familia concertada la boda. Mi espía me informó de que el general Almanzora, padre de Donato, almorzaba frecuentemente con el duque; Donato confirmó la noticia.

—Y ella, tu encantadora novia, ¿cómo te trata? —pregunté con sencillez.

—¿Cómo quieres que me trate? —contestó el teniente, que a pesar suyo contrajo ligeramente el rostro y frunció el entrecejo—. Ya sabes tú lo que son noviazgos.

—¿Sale a la reja?

—Todavía no... Ya te dije...

—Saldrá, saldrá —repetí con tal aplomo, que Donato, no teniendo en realidad motivo de inquietud, si no fuese por ese indefinible instinto que de las profundidades del ser anuncia peligros inadvertidos por la razón, acabó espontaneándose, cediendo al gusto de hablar de su cuidado.

—Creo que me corresponde, que me quiere... si no lo creyese, ¡qué sería de mí! —murmuró en tono que debiera haber bastado para hacerme retroceder en el camino emprendido—. Lo que pasa es que yo estoy tan loco, que todo me parece hielo. Es preciso que esto se decida, porque si no, no sé adónde voy a parar... —Hizo una pausa y añadió en arranque brusco: —¿Serías capaz de ayudarme?

Aquella extraña aleación de caballerosidad profana que tenía mi desenfreno moral, me movió a responderle:

—No, hijo, pídemme otra cosa... No soy entusiasta del matrimonio, y no ayudé nunca a las bodas de mis amigos. Tú por tu lado, yo por el mío en esta cuestión —recalqué significativamente, pues se me figuraba que la indicación de Donato tendía a hacerme contraer una especie de compromiso de honor, y que

me temía, como temen siempre los enamorados a su mejor amigo—, en quien sólo empiezan a fiar después de casados.

La observación corroboró mis pérfidas intenciones. Aquella misma noche, por segunda vez, seguro de no pecar de entrometido, volví a la tertulia de Torquemada. El duque me recibió afablemente, me reprendió por mi alejamiento y me invitó a almorzar «cualquier día». Me excusé: en mi plan de campaña entraba venderme caro.

Donato, sujeto por no sé qué exigencias del servicio, no había llegado aún. Sin buscarlo aparentemente, me encontré sentado cerca de Leonisa. Con todos mis defectos, no era yo excesivamente fatuo, pero tampoco ciego ni torpe, y advertí que mi presencia turbaba a la hermosa, sin definir de qué especie era la emoción. Puse el diálogo en el terreno más natural; dándome por enterado, embromé a la niña con Donato Almanzora, suponiendo que el noviazgo era cosa convenida, indiscutible. Ella aceptó la broma, y al referirse a Donato parafraseó las opiniones del duque, alabando el modo de pensar de su futuro, su formalidad, su bondad. Otro hubiese sentido tentaciones de gritar: «Donato ni es mejor ni peor que los restantes muchachos de su trinca.» Por segunda vez me guardé de esta delación; abundé en el parecer de Leonisa, y deploré no asemejarme a Donato, no merecer iguales elogios. Me presenté como hombre que reconoce cuanto malo se puede decir de su género de vida, pero que no tiene ningún aliciente para modificarlo. De esta manera interesaba a la vez la compasión femenil, sentimiento tan afín a la emoción amorosa y el amor propio. El cebo fue mordido afanosamente por la cándida criatura, que empezó a amonestarme, queriendo mostrarse severa, a predicarme, en suma, para convertirme. Yo supe manifestar sorpresa, gratitud, noble melancolía, añoranza de un cielo que no me tocaría nunca gozar... Y al final de la peligrosa plática murmuré como si hablase conmigo mismo: «Habrás que obedecer... ¿Quién sabe si será esta mi salvación?» Ella se reía, pero la risa era defensa vana de un inocente corazón agitado ya.

Buen rato llevábamos de cuchicheo cuando Donato entró. Me aparté discretamente, pero al hacerlo pronuncié en mi interior la frase brutal de los conquistadores: «Es mía.» Y yo no era un majadero; era sólo un cazador de olfato sutil, infalible...

Quien viese a Donato al lado de Leonisa, a mí distante y conversando con los señores formales, mal interpretaría la realidad. Yo era dueño de Leonisa. De mi arte dependía solamente hacer efectivo mi dominio. Y artista fui, logrando conciliar la especie de probidad que me imponían las confidencias de Donato y el propósito de apoderarme del alma de Leonisa completamente. Me guardé de asiduidades: siempre que encontré a la señorita de Mendoza pareció obra de la casualidad, aunque no lo fuese. Supe dejar ver que callaba mucho, y supe insinuar que, desde la conversación con Leonisa, en mí se verificaba un cambio. Apenas me presenté en la tertulia, y los temores de Donato se adormieron; debieron adormirse tanto más, cuanto que su novia parecía como nunca animada a formalizar las relaciones. Yo tenía descontado esto: al alarmarse Leonisa mirando dentro de sí, la incauta buscaba el remedio, y, cerrando los ojos, aceptaba el matrimonio con la firme resolución de atrincherarse en los deberes y las alegrías del hogar. Sin embargo, al noticiarme Donato, enajenado de gozo, el paso que dentro de una semana —al regresar de Madrid trayendo algunas joyas, primeros regalos de esponsales— daría el general Almanzora pidiendo a Leonisa, sentí, como puñalada de estilete, una cólera sorda, desdeñosa y fría, y resolví precipitar los acontecimientos. Un dato que supe por mi policía me dio alas. Leonisa, el mismo día en que autorizó a Donato a pedirla, lloró mucho, pasó dos horas en la iglesia, y al volver de rezar no bajó a almorzar, por impedirselo una jaqueca muy fuerte. «Es hora», decidí con aquella precisión matemática que me jactaba de tener en esta clase de asuntos.

Cuando hay efervescencia de sentimientos y deseos, dijérase que la casualidad lo sabe y nos auxilia. Una hermana del general Almanzora, madrina de Donato, cayó gravísimamente enferma en Madrid, y el padre telegrafió con urgencia a su hijo: se trataba de una herencia posible, y además de un deber de afecto. Donato marchó renegando, dejándome el campo libre. La petición de mano se retrasaba, por razones de decoro, si la señora fallecía. Buenas cartas para mi juego. ¡A jugar!

Cierta ex amiga mía, amiga también del duque, bonachona y franca, mujer de alto nacimiento y turbia historia, pero bien re-



cibida y muy simpática, no necesitó más que dos palabras al oído para arreglar las cosas conforme a mis planes. Dio en su elegante casa un bailecillo, de confianza y muy selecto, invitando con empeño especial a Leonisa, que acabó por acceder. Ausente el novio, nadie extrañó que usase de los fueros de mi intimidad con él, sirviendo y atendiendo a la novia, llevándola del brazo a la iluminada azotea donde se tomaban refrescos, y paseándola por el breve jardín refrescado por surtidores y poblado de naranjos, arrayanes y laureles rosa. Difícil sería reseñar lo que hablamos: sólo importa lo que mal encubrían las palabras; lo que ya no cabía en los pechos. Salí del baile a las tres de la madrugada, y si al salir hubiese encontrado un espejo donde mirarme, lo haría, para cerciorarme de que no era otro hombre distinto del Enrique Arcos, empedernido y aburrido pecador. La sorpresa que me llevaba, la revelación fulminante, no era que Leonisa me amase locamente: ¡eso bien sabido lo tenía! Era que yo, a mi vez, yo... yo quería a Leonisa de las entrañas, habiendo sentido, al contacto de su fresco brazo apoyado en el mío, el soplo fragante de su puro aliento infantil, impresión divina no sospechada nunca, algo inefable y embriagador que se me subía a la cabeza. Y en mi asombro, no acertaba a definir si era bueno o malo el inesperado suceso; si debía sentirlo o celebrarlo. Sólo después de dos horas de vagar por las calles, cuando la brisa del amanecer se impregnó de los olores del azahar que envolvían a la ciudad dormida, percibí que era feliz, y que cuando se es feliz no conviene analizar el hechizo de la ventura, sobrado raro y precioso para que no temamos perderlo...

\* \* \*

Entre resistencias del recato, temblores de pasión y dudas de miedo, Leonisa se había comprometido a salir a la reja al día siguiente, cuando se retirase la tertulia. Prendado ya, temí lo que no temería si estuviese sereno: que la niña se arrepintiese y me dejase rondar inútilmente la calleja solitaria. Cautó en medio de mi trastorno, yo había asegurado a Leonisa que *aquello* de la reja no sería sino una conversación afectuosa, que un amigo, nada más que un amigo, la suplicaba el favor de una comunicación fran-

ca, lejos de los cien ojos envidiosos o malévolos que nos rodeaban en el baile. Mientras los labios articulaban la engañosa y tantas veces profanada palabra *amistad*, los ojos decían otra cosa, y la decían en inequívoco lenguaje. Sin embargo, reconocí la primer señal de mi verdadero amor en el respeto involuntario, en la limpieza de ánimo, en la ilusión ideal con que acudí, la noche siguiente, a la cita. Esperé pacientemente a que se fuese el último tertuliano, y cuando el ruido de las botas y el abejorreo de las conversaciones cesaron por completo, y sólo quedó el silencio poético de una noche de luna llena, me acerqué a la reja, a paso reprimido y elástico, deslizándome a saltos, si cabe decirlo así.

La ventana interior estaba abierta; el claror lunar alumbraba la espesa mata de jazmines, el hueco blanquecino entre los hierros negros, artísticamente forjados, y el pavimento de la estancia, donde sus rayos proyectaban blancuras... Me agarré a los hierros... Casi en el mismo instante, un dulce hálito me acarició la cara... Era Leonisa, que al encontrarse tan cerca de mí retrocedió reprimiendo un grito.

Recobrando mi prudencia, la llamé con suavidad, con ternura. Ella misma inició la conversación, asegurando que estaba allí solamente para cerciorarse de mi enmienda, su mayor anhelo en este mundo. Y yo, sin faltar en esto a la sinceridad, pues en aquel momento lo creía así, me reconocí arrepentido, dispuesto a ser otro, siempre que hubiese *alguien*, una *amiga*, que estimase y premiase mis esfuerzos hacia el bien. Leonisa me reprendió por esto: según ella, lo bueno se debe hacer sin esperanza de premio inmediato, porque es bueno, y porque estamos obligados a reconocer y practicar la ley de Dios. Me guardé de contradecirla; itanto temía perder el terreno conquistado!, y estuve persuasivo al explicar las causas de mi larga depravación: mi soledad moral, mi abandono, la indiferencia que me rodeaba...

—No he de acusar a mi padre —dije—; le debo mucho amor; pero con sus negocios, sus viñas, sus cosechas, anda siempre ocupado y no ha tenido tiempo de corregir mis desvaríos.

Leonisa, entonces, al través de la reja, se encaró conmigo, y magnetizándome con sus rasgados ojos de terciopelo oscurísi-

mo, en que brilló una chispa inquieta de altivez de raza, me preguntó:

—A lo menos, va usted a decirme, terminantemente, una cosa: ¿ha hecho usted algo contra el honor? Porque yo he oído que un hombre puede cometer mil locuras, y hasta tener mil vicios, conservando su honra de caballero.

Responder con sumisión, disculparse, hubiese sido torpeza indigna de mí. Prendado y todo, no me olvidaba de mi táctica. Me aparté violentamente de la reja, y saludando triste y respetuoso a Leonisa, me embocé en mi ligera capa de verano y me alejé, perdiéndome en las callejas inmediatas.

Pasé una noche rabiosa; temía haber dado un golpe demasiado atrevido. Poco tardé en comprender que mi estrategia era segura. Una dueña, sin el manto negro de la época de los Felipes, pero característica, melosa, picaresca y de corte beatífico, me trajo una esquila, escrita con letra que delataba pulso alterado. La esquila decía solamente: «Aguardo esta noche.» Era el laconismo de los que se arrojan al mar y escriben su despedida; el estilo sin eufemismos de los candorosos... Y entonces, con nueva seguridad, pero con mayor y supremo orgullo, repetí para mis adentros: «Mía... completamente mía.»

Cuando, al dar la media noche, volvimos a encontrarnos separados por una cortina de hierro y ramaje, la pobre criatura me pidió perdón —¡perdón a mí!— de su injuriosa pregunta de la víspera.

—¡La gente es tan infame! —murmuró, cogiéndome ella misma la mano con ansia febril—. Han dicho a mi padre que usted gastaba más lujo de lo que permite su fortuna... ¡Y mi padre ha calificado eso tan duramente!

—Leonisa... es verdad que he derrochado... Eran mis ganancias del juego.

—¿Volverá usted a jugar? ¿No cambiará usted de vida, Enrique? —balbuceó la niña estrechándome los dedos, atrayéndolos hacia su corazón cándido.

—Lo que usted quiera eso será de mí... Usted puede transformarme... Puede usted también arrojarme al abismo... Si su carta tarda unas horas más, tal vez no me encuentra en S... porque, incapaz de resistir el despecho y la cólera causados por la

pregunta, hubiese partido en dirección a Madrid y de allí a Londres. Al perder mi última esperanza, que eres tú —exclamé tu-teándola atrevidamente—, iba a recaer, y más hondo que nunca, en la perdición... Dime si estás dispuesta a salvarme.

La luz de la luna se abrigó en dos lágrimas puras y lentas, que resbalaron por las mejillas de la hija del duque de Torquemada. Su diestra, que yo oprimía ardorosamente al través del hueco que dejaban los hierros negros y duros, tembló, y sus labios murmuraron, como a pesar suyo:

—Enrique, Enrique...

En aquella ocasión, mi mismo enamoramiento me fue útil para conducirme del modo más acertado, como si un cálculo frío me guiase. Un respeto tierno, una alegría sagrada embargaban mis sentidos, dejando sólo despierto el espíritu, que por primera vez se abrió al cariño idealizado. Ni un instante pensé en defenderme del sentimiento que me invadía; demasiado feliz para luchar con él, cerré los ojos, me entregué a mis impresiones, y pasé una hora tan venturosa, que la he recordado después mil veces... hasta para confirmarme en otros propósitos bien distintos, y para reconocer que sólo debe llamarse felicidad en este mundo a lo que nos lleva más allá de la vil sensación y nos adelanta la promesa de lo infinito.

No necesitando fingir, pudiendo unir el corazón y la lengua, todo cuanto dije llevó el artístico sello de la verdad más hermosa. Leonisa, confiada ya como un pájaro domesticado, me preguntaba cosas ingenuas, me exigía promesas, que yo le hacía de buena fe enteramente; y sin que se hubiera pronunciado la palabra «matrimonio», la niña se refería siempre a nuestras existencias juntas, a un porvenir muy largo de noble felicidad, que aún no tenía forma ni nombre. Todo ello era susurrado en frase rápida, entrecortado por exclamaciones, por nuestros nombres repetidos con el énfasis de la pasión. Al despedirnos, citándonos para la noche siguiente, la niña cortó una rama de jazmín, y yo, que la recogí, tributé a la flor las locas caricias con que nunca hubiese profanado las aristocráticas manos, tan pálidas y tan arrasadas como los jazmines mismos. Y me acosté, después de dar mil vueltas por las calles, desvelado de gozo, estrechando el jazmín, olvidado de cuanto no fuese aquella re-

novación de mi alma, que se bañaba en el azul del amanecer, después de haberse impregnado de argentina luna. Todo lo que había en mí de piel gastada y vieja se desprendía, y aparecía debajo la fresca carne de mi juventud, la sangre, todavía no inficionada por la corrupción, ardiente y limpia, encendida por afanes y sueños resplandecientes como la mañana, que despuntaba cuando deslicé el llavín en la cerradura de mi puerta.

No hay que decir con qué ansiedad esperé que llegase la siguiente noche. Probé esa roezón sorda del tiempo que nunca pasa, que es uno de los refinados suplicios del querer. No es lo peor que se sufra tan lancinante inquietud, sino que por engañarla y distraerse se haría cualquier cosa, la más absurda, la más brutal. Esto lo he comprendido después de mi infortunio... ¡Tal vez no me es lícito llamarle así!...

Afinada mi sensibilidad por la viveza de mis impresiones, noté, al penetrar en la callejuela adonde caía la reja de mi amada, una especie de extraño presentimiento, una angustia indefinible, como si una mano que no se veía, una mano glacial, me detuviese apoyándose en mi pecho. Loco de esperanza momentos antes, pareciome entonces que el zumbido vago del aire agitado por indicios de tormenta me susurraba al oído dos sílabas fatídicas: «Nunca.» Estremeciéndome apreté el paso, y al encontrar a Leonisa, que me esperaba, comprobé desde las primeras frases que trocamos que el estado de su ánimo era igual al mío. Tampoco ella había podido dormir; también ella había experimentado la nerviosa impaciencia, el anhelo de acortar horas, y también ella sufría inexplicables zozobras y temores... Sólo que los suyos eran exactos, definidos, y además perfectamente lógicos. Leonisa temía que al llegar Donato y encontrar tales novedades, surgiesen conflictos, un choque entre él y yo, y temía igualmente que el duque, gustoso en la boda con Almanzora, porque le creía hombre serio y de sanos principios, me rechazase a mí. Y al formular estos recelos, Leonisa, acongojada, suspiraba tristemente. Prestándome elocuencia el cariño, me dediqué a tranquilizarla. ¿Qué derechos poseía Donato?

—Si se mira bien, muy pocos —respondió la niña—. Me avenía a casarme con él porque creí que así evitaba quererte... ¡Ya ves qué tontería! Era peor; me exponía a daños más graves...

Pero jamás le mostré amor; nunca quise salir a la reja a pesar de sus apremiantes instancias. Así y todo, de seguro se enojará, y mi padre lo mismo..., que es lo que siento; mi padre es para mí la imagen de Dios; ime ha dado tales ejemplos! ¡Oh, Enrique, Enrique! —murmuró sollozando casi—. ¡Cuánto tengo que quererte, para no volverme atrás ante el temor de apesadumbrar a mi padre!

—No tengas miedo ninguno, alma mía —repetí—, no tengas miedo. La imaginación te abulta el peligro. Vamos a ver: dos cuestiones hay ahí: Donato y tu padre. Con Donato creo que debes explicarte de un modo que lastime lo menos posible su amor propio, pero francamente, no le quieres lo bastante para casarte... Eso no es ofensa. Y respecto a él y a mí... no te importe, es lo de menos.

—¿Y si te insulta? ¿Y si tenéis que... que...

La palabra no salía de sus labios.

—¿Que batirnos? —Me eché a reír—. Te prometo que he de hacer cuanto pueda por evitarlo, Leonisa de mi vida. Un desafío ahora prevendría más a tu padre contra mí; ya ves si estaré dispuesto a andar a cintarazos. Donato y yo nos conocemos; sé que él es capaz de batirse; él tiene respecto de mí la misma seguridad. Con pincharme no recobraría tu corazón, que no ha poseído nunca. Le supongo lo bastante inteligente para no llevar las cosas a un extremo inútil. Tu padre... Eso ya es distinto. Contra tu padre armémonos de paciencia y borremos poco a poco el mal concepto que tiene de mí. Después de todo, no creas que he sido ni mejor ni peor que... que la mayoría. (Y aquí me contuve, constante en mi propósito de no desacreditar a Donato.) Quizás he sido más escandaloso...

—¡Ya eso es mucho! —declaró Leonisa—. ¡Ay de aquel que produce el escándalo! Enrique, ¡qué difícil va a ser el rehabilitarte!

—Contigo y por ti nada es difícil... Tú verás, tú verás... y no pensemos más de lo que aún no ha sucedido; pensemos en que ahora somos tan dichosos; ¡aprovechemos este minuto...!

Como si algún poder oculto quisiese darme siniestro aviso, una fuerte ráfaga de solano arrancó ramas del jasmín e hizo volar sus hojas esparcidas; el cielo se ennegreció, y en la calleja

zumbó triste y estridente la voz del viento, parecida a una amenaza. No tardó en brillar un relámpago; el trueno tableteó en las nubes y gotas gruesas de furiosa lluvia azotaron el suelo y empaparon la capa que me envolvía. Fue forzoso despedirse. La ventana de la reja se cerró, y emprendí a prisa, empujado por la tormenta, el camino de mi casa, oprimido el pensamiento por uno de esos recelos que en nada se fundan y por lo mismo adquieren desmesuradas proporciones.

Debí creer al siguiente día que era profética la singular opresión, porque la primer noticia que me dieron en el Casino, adonde concurría por las tardes, fue la del regreso de Donato, rico gracias al fallecimiento de su tía, que le dejaba toda su hacienda, y decidido a pedir a la hija del duque de Torquemada para casarse al expirar el luto. Mis entrevistas por la reja, contadas y recientes, con Leonisa, no se habían hecho públicas, y hablaban delante de mí sin reparo. Comentaban la buena suerte de Almanzora y la caprichosa condición del duque, que después de educar a su hija punto menos que para monja, se aprestaba a casarla con un muchacho como todos los demás, con ligeras diferencias, por creerle un modelo de virtud.

—¿No es cierto, Enrique? —me preguntó el más mordaz de todos, temido por su lengua, Adrián Alfaro—. Donato es un mántalas callando; pero si puede engañar al santo varón del duque, lo que es a nosotros...

Se encontraba en nuestro círculo el marqués de Guadamora, político de algún renombre, y contestó a Adrián, que no se dirigía a él:

—¿Y cree usted que no vale nada hacer las cosas con arte y recato?... Bien ven ustedes que es algo, cuando por ese solo mérito se va a llevar Almanzora el mejor partido de la provincia de S..., y a la vez una mujer divina.

Al oír estas frases sentí furia homicida contra Donato. He notado que todo amor profano se completa con odios: la ley del desorden pasional así lo quiere. Desde aquel instante detesté a Donato; él no iba a tardar en aborrecerme más hondamente aún.

Al despedirnos, Leonisa y yo habíamos quedado citados para la siguiente noche. Donato concurrió a la tertulia a hacer su cor-

te autorizada; la hija del duque le recibió con más marcada frialdad; los tertulianos lo notaron perfectamente, como supe después, y el recibimiento causó a Donato un despecho, una desazón humillante, que instantáneamente cristalizó en sospecha. ¿Sospecha de qué? De nada y de todo; la desazón física del que se siente robado y no conoce al ladrón. El carácter solapado de Almanzora le inclinaba a la desconfianza, y la desconfianza le servía de talento. Debe advertirse que no había faltado quien le contase el baile en casa de mi ex amiga, mis atenciones con Leonisa, mi asiduidad en obsequiarla, y este hecho, insignificante en sí, adquirió valor al notar cómo le acogía su futura. Ese instinto de inquisidor que se despierta en los que se sienten frustrados guió a Donato, le iluminó. Al disolverse la tertulia se hizo el perdidizo por callejas y volvió al cabo de media hora a rondar el palacio del duque, sobre todo la reja codiciada, prohibida para él. Y debió de sentir como si el firmamento se le cayese a plomo encima, cuando desde la boca de la callejuela percibió, arrimado a la reja de sus sueños, un bulto. A paso maquinal, trágico, Donato avanzó... Si lleva armas entonces creo que mi vida no vale un maravedí... Pero iba de paisano, no tenía más que sus puños, y cuando me reconoció, el estupor le clavó los pies al suelo... Yo también le reconocí; sin perder mi sangre fría me desvié de la reja, me acerqué a él, y le dije muy bajo:

—Nada de estrépito... Me tienes a tu disposición... Pero vámonos de aquí, salgamos a la plaza.

Con gran sorpresa mía, Almanzora no dio señales de aceptar el reto. Su cara lívida, sus ojos inflamados, fueron únicas señales del horrible estado de su espíritu. Rechinando los dientes, murmuró:

—Lo sabía. Tenías que ser tú. Desde que hablamos de mi amor, camino de la venta, comprendí que te atravesarías en mi camino.

—Repito que estoy a tu disposición —fue mi respuesta.

Él me clavó una mirada inolvidable; vaciló un segundo... Y en voz de fantasma, articuló:

—No se trata de eso. Me la has quitado... Has vencido... No te la disputaré con violencias.

Y volviéndome la espalda, desapareció entre las sombras. Al



pronto quedé confuso; algo parecido al remordimiento se deslizaba en mi ánimo, siempre despreciador de toda responsabilidad moral. Después alcé los hombros como diciendo: «Tanto mejor, ya que lo toma así.» Y paso tras paso volví a la reja, a tranquilizar a Leonisa, que me esperaba transida del susto.

—¡Era él! —tartamudeó— ¿qué ha pasado?

Repetí al pie de la letra el diálogo; la niña respiró.

—Prométeme —dijo— que ni le buscarás ni le ofenderás. Promételo.

—Así lo haré, pase lo que pase... ¿Me crees, Leonisa?

—Te creo... ¡Tengo fe en ti! ¡Tengo fe, Enrique!

Por primera vez, y con veneración, puse los labios en la mano pálida y sedosa.

\* \* \*

Al llegar a esta parte de mi historia, sólo por conjeturas puedo hablar de Donato. Si su conducta obedeció a maquiavélico plan, como creo, mi deber de cristiano y de arrepentido me manda perdonarle. Si fue la casualidad la que todo lo hizo, entonces, y más que en caso alguno, la casualidad fue el velo de la Providencia...

Donato, al otro día, no volvió a la tertulia del duque. El magnate lo extrañó y envió un recado preguntando por su salud. Presentose entonces Donato a hora impensada, y celebró una larga conferencia, a solas, con el padre de Leonisa. Jamás se supo lo que hablaron. Lo positivo es que empezó a cundir por S... la noticia de que se habían desbaratado los proyectos matrimoniales, y el rumor de que yo era el nuevo pretendiente a la mano de la hija del duque, pero pretendiente rechazado enérgicamente por el padre. Y en efecto, la reja se cerró; en vano paseé la callejuela; la cara adorada no se asomó entre los hierros; sólo vi las caritas blancas de los jazmines, que parecían enfermos de pena y soledad. Dos noches di vueltas alrededor del palacio como el león por el ámbito del circo, acalenturado, desesperado, demente. Entonces comprendí lo hondo que me había caído aquél amor cimentado en un mal propósito...

Sentía el ansia de ir a pedir cuentas a Donato... pero recor-

daba mi promesa y me contenía. A la tercera noche, torturado por la marejada de sentimientos que caracteriza ciertos estados psíquicos, y que llega a producir momentáneos accesos de locura, me dirigí a la tertulia de Torquemada, resuelto a saber a toda costa lo que había sucedido... Al pisar el zaguán, noté esa sensación extraña de silencio y abandono que se percibe en los sitios donde esperábamos encontrar algo que se fue; y el criado de librea que acudió a recibirme, me dijo en tono acompasado, como si recitase una lección aprendida:

—El señor duque está un poquillo enfriado. No hay reunión.

—¿La habrá mañana?

—No le puedo decir al señorito. Lo probable es que no. Si hubiese, avisarían.

Comprendía que la enfermedad del anciano señor no era más que un pretexto, y puse en juego otros medios para lograr ver a Leonisa, para hablarla, para preguntarla qué sucedía y, sobre todo, si continuaba queriéndome; si podía contar con su voluntad, y por encima del universo, hacer mía su existencia, fundiéndonos en eterno abrazo. Derramé el oro para conseguir que una apasionada carta llegase a manos de la hija del duque. La carta me fue devuelta a mi casa sin abrir. Entonces caí en una especie de marasmo alternado con accesos de frenesí; en un tedio que no sabía cómo disipar, porque el vacío de mi alma ya no podía llenarse sino con Leonisa... ¡Digo mal; el vacío del alma sólo con Dios se llena; los objetos mortales lo ocupan, lo engañan, pero no lo colman! Esto lo vi más tarde... Entonces creía sinceramente que mi desolación, mi aridez, una mujer las curaría por siempre... En tales situaciones, cada minuto sugiere una resolución. Tan pronto meditaba pegar fuego al palacio de Torquemada para sacar de entre las llamas en mis brazos a Leonisa, como arrojarme a los pies del duque y prometerle seguir la más ejemplar conducta, ser el modelo de los esposos y los hijos, edificar al mundo con mi proceder, lo mismo que antes lo había escandalizado. Otras veces, impulsiones sanguinarias hervían en mis venas; veía rojo, y me dominaba para no arrojarme sobre Donato y deshacerle, puesto que él, sin género de duda, era el que, al delatarme, me había cerrado las puertas del palacio de Torquemada y quién sabe si las del corazón de Leonisa.

Porque lo más cruel para mí era el silencio de mi amada. ¿Qué significaba? ¿Se había desvirtuado el hechizo?

¿Podía haberme olvidado ya la que se estremecía de pasión al solo eco de mi voz, cuando la bajaba para que resonase en su oído como un murmurio de arroyo? ¿Qué fatal poder la impedía darme alguna señal de vida, mostrarse en la calle siquiera, para que yo la viese? Porque, desde la entrevista de Donato con el padre de Leonisa, ésta no había vuelto a salir ni a la iglesia; por mis espías, a quienes volví a poner en movimiento, supe que, instalado en el palacio un oratorio, la niña oía diariamente la misa de su capellán, y que más que nunca, la casa de Torquemada parecía, por lo recoleta y silenciosa, un convento. Todo esto me producía un estado de ánimo que sólo puede calificarse de insania. Pasaba noches enteras sin conciliar el sueño, dando vueltas y más vueltas en la cama, arrugando las sábanas, arrojando la ropa, encendiendo luz para tratar de distraerme con un cigarro o con una lectura, y a veces arrancándome el cabello como un orates, en la furia de mi impotencia contra el muro de pedernal de los sucesos.

Otras noches prefería no acostarme y recorría, embozado en mi capa, las calles románticas de la ciudad, o las alamedas luegas que festonean las márgenes del río, a paso de loco, manoteando como enajenado del sentido, hablando solo o dejándome caer en un banco, donde permanecía hasta que, entumecidos mis miembros por el rocío nocturno que calaba mi ropa, me era forzoso sacudir la inercia y retirarme a casa para caer, con sueño de plomo, en el único asilo de los desgraciados: el sueño.

Cuando la vida pletórica de nuestros sentimientos no encuentra válvula en la acción, sin remedio llegamos a buscar en apariencias de acción algún alivio, un cambio de postura. Nuestro tumulto interior pide tumulto fuera, y la imposibilidad de encerrarse en una calma estoica, crea la mentira del ruido. Si yo pudiese reunirme con Leonisa, así fuera derramando sangre, arrasándolo todo, ¡qué profundo consuelo para mí! Que-  
mar, romper, entrar en el palacio a tiros... Pero nuestras pro-  
saicas actuales costumbres no me lo permitían, y aquella  
estancación de mi existir, aquella pared sorda, muda, inmóvil,  
entre la amada y yo, me precipitaban en la demencia. En estos

estados se acepta todo lo que distraiga. Sin saber lo que hacía, volví a reunirme con mis compañeros de francachelas, recaí rápidamente en mi antiguo modo de ser, con más arrestos, al parecer, que nunca. Dentro de mí, sin embargo, un gusanillo me atarazaba el pensamiento. La imagen de Leonisa se me aparecía constantemente (lo que se dice *aparecer*), reprendiendo mi caída, con los negros ojos húmedos y la descolorida boca llena de quejas, recordándome quebrantados propósitos; pero un instante después de *haberla sentido*, por decirlo así, físicamente a mi lado (siempre a un mismo lado, es un extraño fenómeno que observé), la desesperación causada por el silencio de la hija del duque renacía, y yo gozaba salvajemente en creer que con mis desórdenes me vengaba, la ofendía, iba contra su deseo, y tal vez arrancaba efectivamente, a sus largos ojos de gacela, las lágrimas del despecho, a falta del llanto extáticamente amoroso...

Era entonces justamente la época en que S... hervía en diversiones, animado por la venida de algunos extranjeros —no tantos como acuden ahora— y por el regreso de las familias que invernanaban en Madrid. Desde lo más encopetado hasta la gente de barrio y tienda, una ola de alegría y de alborozo corría encrespándose. Sólo el palacio de Torquemada permanecía silencioso como un claustro. Invitaciones para tertulias, bailes, jiras, llovían sobre mí, y yo aceptaba todas aquellas que creía pudiesen mortificar a Leonisa; reanudaba galanteos olvidados; iniciaba alborotos; aparentaba enamoramientos, y era, más que nunca, objeto de la atención maligna del público y el hombre de mala reputación que, sin embargo, o por lo mismo, lisonjea a las mujeres llevar a su lado apoyándose en su brazo y reprendiéndole con picaresca indulgencia. Con mis triunfos de salón alternaban otros de muy distinto género: las apuestas a beber, con ingleses y con españoles; las juergas con séquito de perdidos y hembras de baja estofa; para decirlo de una vez, usando de una palabra expresiva y pasada de moda, la orgía fue mi estado habitual.

Frecuentemente me encontraba con Donato, y siempre el mismo impulso de deshacerle entre mis manos surgía del fondo de mi ser, y el respeto inexplicable de una palabra empeñada me contenía; además, soberbio, no quería dejar ver el despecho de haber sido vencido. La presencia de Donato tenía la virtud de

incitarme a mayores excesos. No quería demostrar pena, y practicaba la fanfarronería del vicio y de la corrupción. Y al contacto de la gente podrida que me rodeaba, aquellos amargos y feroces sentires que había desarraigado en mí el amor de Leonisa renacían como abrojos en campo inculto, y el único maldito deleite que saboreaba en mis locuras era el de despreciar y burlar a la humanidad entera, si fuese posible, y si no, por lo menos a la que alcanzasen mis manos.

A la cabeza de una taifa de desatados como yo, entre los cuales se distinguía Pepe Velilla, que se llamaba mi lugarteniente, me complacía en escarnecer a las mozuelas, esclavas de la mala vida, que traíamos a nuestras fiestas y banquetes. Un día, almorzando juntos en un colmado, y ya con las cabezas calientes, convinimos mi seide y yo en que nos sabíamos de memoria al rebaño sometido a nuestros caprichos, que todo era una sosejería, y que sería preciso esperar ciertas remesas de palomas negras que se anunciaban procedentes de Madrid y París.

—Aquí —murmuró Velilla, sorbiendo una caña— sólo queda una mujer, ya te habrás fijado, que no hay manera de traérnosla. Huye de nosotros como del fuego.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tendré la suerte de que exista tal mujer? No lo creo, aunque me lo jures.

—Pero si tú lo sabes; sólo que, como no te importa un comino, te has olvidado.

—¿Asunción la *Floría*?

—La misma. Pues si hablamos del asunto... todavía ayer. ¿No te has enterado? Parece ser que a la chica, que a mí me gusta de veras, porque... —aquí Velilla dio una serie de razones incongruentes e indecorosas— la echó las cartas esa gitana célebre, la Marinoche, que tiene fama de acertar y que se gana un dineral explotando la credulidad del mujerío. La bruja pronosticó que el encontrarse contigo sería funesto para la Asunción, y por eso nunca quiere ir adonde tú vas... Bien sabes que ni ofreciéndola el oro y el moro hemos conseguido...

—Según eso, ¿la dificultad soy yo? —exclamé riendo— Aguárdate... Nos vamos a divertir más que nunca. Vamos a tener el gran día. ¿No pensamos embarcarnos el domingo y correr la broma en el río, cerca de la quinta de Jumiel? Pues salgo de vís-

pera, diciendo que tengo que irme a L... a la feria a comprar jacas, y en vez de ir a L... en Jumiel os aguardo; me quedo a dormir de víspera en la quinta de Añafiles; tú te las compones para que sepa la *Floría* que me he marchado; eres generoso, regalas joyas —yo pago—, y la comprometes. Te ocupas de embarcación, comida y bebida, y cuando estéis frente a Jumiel, salgo en el esquife de la quinta, subo a bordo... y que la *Floría* llame por todas las gitanas del mundo.

Pareció de perlas; lo combinamos en sus pormenores; se froto las manos Velilla; me regodeé de antemano en la aflicción de una criatura como yo, hija del mismo Padre que nos ha ordenado amarnos fraternalmente... y, de allí a dos días, partí por la tarde, a caballo, hacia L...; pero, apenas me vi fuera de la ciudad, tomé un sendero transversal y emprendí la vuelta de la quinta de Jumiel. Pertenecía esta quinta a un amigo mío, a la sazón ausente, el marqués de los Añafiles, y tenían consigna el mayordomo y el jardinero de poner a mi disposición cuanto la quinta encerraba, desde sus bien surtidas bodegas, hasta sus salones alhajados con fastuosos muebles barrocos. Como ya iba apretando el calor, me acomodaron en una sala baja, en la misma cama que solía ocupar la madre del marqués, señora muy celebrada por su belleza, y cuyo retrato, obra de Madrazo, envuelto en mantilla de blonda, decoraba el testero de la habitación. A la luz de las bujías, que ardían en candelabros de plata, el retrato de la gran señora, de rostro oval y prolongados ojos, me recordó a Leonisa, y una rara congoja oprimió mi pecho. Buscando aire, me acerqué a la reja, por donde entraban los rayos lunares, y el olor del jazmín, que tupía y enramaba los barrotes de hierro, penetró en mi corazón a manera de un estilete que abriese una herida suave, estrecha, profunda... De pronto, sin explicarme cómo pudo suceder, apoyé la cabeza en los barrotes y rompí a sollozar, como una mujer o un niño... Las lágrimas corrían de mis ojos; un placer infinito dilataba mi corazón, y con movimiento imperioso de la voluntad, una especie de *orden*, que nacía dentro de mí mismo, se formulaba, se destacaba entre el silencio majestuoso del jardín envuelto en fantástica luz plateada. La *orden* era ésta: «No irás mañana al río. No escarnecerás a una pobre mujer.» Sequé con rabia mi llanto; me aparté de la reja y

me arrojé vestido sobre el lecho. Un sueño pesado me aletargó. Me pareció que la figura del retrato, aquella castiza figura española, de mantilla y peinado isabeleño, bajaba del cuadro y se acercaba a mí, pisando los azulejos con su pie diminuto, calzado de negro tabinete, y que el aroma del jazmín que prendía en su pecho me infundía un dulcísimo deliquio, un arrobamiento celestial. Era Leonisa, era su semblante adorado, su mirar lleno de candores, su cuerpo transido de amor al oír la música de mis palabras... Yo la tendía los brazos, repitiendo su nombre; ella ponía un dedo sobre los labios y murmuraba: «Tengo fe en ti...», y, deslizándose, desaparecía por la reja; en el marco del cuadro quedaba el fondo de la cortina y del paisaje solamente...

Desperté cuando ya el sol, insinuándose por entre las enredaderas, doraba el copete de mi rico lecho. Al pronto, recuerdo que no me di cuenta de por qué estaba allí. Asociando al fin ideas, salté de la cama, me lavé, pedí el desayuno, salí a pasear por los jardines y el huerto. En los primeros momentos, la *orden* interior de «no bajar al río» se formulaba categórica en mi voluntad. Poco a poco, entumecida la conciencia con la claridad del día, empezó a parecerme *vergonzoso* el retraimiento y el llanto que derramé junto a la reja acordándome del bien perdido, y resolví no faltar a la fiesta del libertinaje.

Esto de la vergüenza es peregrino: vergüenza de ser bueno, vergüenza de humillarse, vergüenza de sufrir... vergüenza de ser hombre. Yo había organizado aquel dislate; mi presencia era obligatoria en él. Así raciocinaba. Sin embargo, como la indefinible repugnancia a la excursión persistía, como una pereza invencible parecía apoderarse de mí según se acercaba la hora convenida de reunirme con los expedicionarios, que era la del caer de la tarde, pedí que en la comida, que me sirvieron, según costumbre española de entonces, cerca de las tres, no faltasen vinos y licores. No era necesario el encargo, pues el apoderado de Añafles, conocedor de nuestros gustos, había sacado el riñón de la rica bodega. El deseo de aturdirme me hizo cargar la mano. Al llegar el momento de unirme a mis cómplices, no diré que estuviese completamente ebrio, mi resistencia era grande; pero me encontraba en ese estado en que algunos vasos más hacen fulminante la embriaguez.

Desatraron el botecillo; el mismo capataz tomó los remos y nos dirigimos hacia el punto donde debía esperarme la falúa. Cantos, carcajadas, el rasgueo de una guitarra salían de la embarcación. Al verme, los juerguistas alzaron formidable vocerío. Trepé ligeramente a bordo de la falúa, engalanada con faroles de colorines, banderolas y guirnaldas de follaje. Velilla había seguido mis instrucciones; Asunción, la *Floría*, era la reina de aquella fiesta crapulosa. Al saltar yo en la embarcación, exclamaron todos: «Sunción, serrana, aquí tienes a tu pareja.» Ella me miró; no podía convencerse... Una palidez arcillosa empañó su cutis moreno y terso... Con su instinto de criatura primitiva comprendió que le habíamos preparado una emboscada; extendió las manos como para defenderse y rechazarme, y en voz enronquecida pronunció:

—Negra hora es ésta para mí... Estaba e Dio que había e yegá... Cuando etán e Dio la cosa... ¡A ve! —chilló de pronto—. Que arrime el bote en que ha venío este cabayero..., que me quió largar en él.

Hice señas al bote de que se alejase, y aproximándome a la *Floría* empecé a requebrarla irónicamente. Al pronto se contuvo y me oyó callada y sombría; después, desatándose, respondió a mis chanzas con dicitos y maldiciones de su pintoresco repertorio. El miedo y la repugnancia que yo la inspiraba desfiguraban y contraían su rostro; al injuriarme, se retorció como una víbora pisada para escaparse de mis brazos, y hubo un instante en que sus uñas amagaron a mis ojos y sus dientes de tigrés se hincaron en mi mano, arrancando de la piel algunas gotas de sangre... Aquella pelea, disipando mi fastidio, me hizo olvidar un momento preocupaciones hondas, y encendió en mis venas vergonzosa chispa de capricho despótico y tirano, que más que otra cosa era afán de subyugar a la mujer que así me detestaba. Lo conseguí, ayudado con vil complacencia por mis amigos, y apenas logrado, como si me hubiesen dado a beber el filtro del odio, experimenté sed de crueldades, de torturar y de pisotear... Había bebido más, y estaba ya fuera de juicio. Llamé a Velilla aparte y le di una consigna que le hizo reír a borbotones, tan divertida le pareció. Cuando estábamos secreteando, vi salir de un rincón de la falúa a un compañero inesperado: Do-



nato Almanzora... A tener la cabeza despejada, recordaría bien haber convenido con Velilla que nada se le dijese a Donato de aquella juerga. En tal momento, no extrañé verle entre nosotros. Sólo le dije: «Hola, Donato; ya estamos todos aquí; los que miramos a un mismo sol y nos hemos quedado ciegos...» Me contestó con una sonrisa de desdén, y volviéndose hacia Velilla, exclamó: «No tomo parte en lo que hacéis... ¡Conste! No tomo parte.»

La protesta de mi rival me exaltó doblemente, y riendo de un modo insultante nos precipitamos a realizar la infame hazaña. Rodeamos a la *Floría*, que chillaba y manoteaba defendiéndose; la sujetamos; arrancamos a jirones sus ropas; pasamos una cuerda bajo sus brazos, y descolgamos el cuerpo, magullado y palpitante, hasta sumergirlo en las aguas del río, en tales parajes bastante profundo.

Cuando recuerdo aquel instante maldito, por singular mezcla de impresiones recuerdo igualmente, como si lo viese reproducido en bien pintada tela, el aspecto de lo que nos rodeaba. Mientras unos cuantos miserables —lo éramos— enloquecidos de brutalidad, desmelenados, descompuestos, con la blasfemia en la boca y el hervidero de la maldad en el corazón, nos convertíamos en fieras salvajes; cuando perdíamos hasta el nombre de caballeros, habiendo perdido ya tiempo hacía el de cristianos, era el momento en que declinaba la tarde y se encendía el poniente, como inmensa flor de rubíes, como la llamarada amante de un ancho corazón de Jesús abierto e inflamado de amor piedad. El incendio del ocaso se reflejaba en el río, cuyas ondas tranquilas se teñían de vislumbres ígneas, rojas, ligeramente tembladoras, con majestuoso temblor pacífico. Los sauzales y álamos de la orilla se difumaban ya, inciertos, entre la sombra que avanzaba. Y sobre nuestras pecadoras frentes, el lucero de la tarde resplandecía como enorme lágrima de pena y de dolor resignado...

¿Cómo vi todo esto, a la vez que apretaba los puños para sostener la cuerda que sujetaba a nuestra víctima? No lo sé. Quizás se debiese a la dualidad de mis sentimientos, a los dos espíritus que secretamente luchaban en mí... Pendiente de la soga, sumergida hasta el cuello, la *Floría* ya no luchaba; exha-

laba únicamente un grito de agonía... Y en aquel mismo instante Donato, detrás de mí, repetía como el que trata de ponerse a salvo:

—¡Lo que estáis haciendo es una cobardía! ¡Eso no se hace! ¡No me da la gana de presenciarlo! ¡No me da la gana!

Y, sin embargo, no se iba, no se arrojaba al agua, no nos acometía con un palo, con un arma cualquiera, que sería cumplir su deber de único cuerdo entre tantos furiosos... Sus voces, en vez de hacerme volver en mí, me exaltaron más: como que, volviéndome hacia él, y dando salida al rencor, al aborrecimiento estancado y rebosante, grité:

—La sacamos a ella... y vas tú al río, en su lugar... Te conviene un baño...

Y ordené:

—A izarla... A sacarla... Arriba...

Tiramos de la cuerda vigorosamente. El cuerpo inerte subía; de pronto crujió la sogá; oímos un ruido pesado, de piedra que cae en el agua, y Velilla, alarmado, gritó:

—¡Mil demonios! ¡La hicimos! ¡Se ha roto la cuerda!

El torso de la mujer pasó ante mis ojos como una vislumbre blanca... La corriente se lo llevaba río abajo...

Desemborrachado súbitamente, me quité la chaqueta y me arrojé al agua sin vacilar. Detrás de mí se arrojó el patrón de la falúa —gracias a lo cual no sufrí la misma suerte que la *Floría*.

Otro marinero la sacó a la orilla un cuarto de hora después, rígida, hinchada, ahogada.

\* \* \*

Atracamos en Jumiel, desembarcamos todos y nos refugiamos en la quinta para celebrar consejo. Donato había desaparecido. «Acordaos —dijo antes de montar el caballo que le prestó el mayordomo— de que no tengo parte alguna en lo que habéis hecho.» Yo temblaba de fiebre; viéndome incapaz de discurrir, me acostaron, me sirvieron bebidas calientes, y Velilla, más muerto que vivo, aterrado de lo que se nos venía encima, empezó a dar instrucciones, a combinar declaraciones, a ofrecer dinero a

patrón, marineros y mujeres —todo el dinero que hiciese falta para asegurar su silencio—. La versión autorizada sería que nuestra víctima, retozando y en broma, se había caído al agua, de donde, a pesar de todos los esfuerzos realizados, no la pudimos extraer viviente. Lo demás, el resto de la tierra que se echa al asunto, sería cuestión de recomendaciones, de favor, de intriga social...

Por evitar mayor sospecha si yo me quedase en Jumiel, me trasladaron como pudieron a S..., a mi casa. Deliré dos días; al tercero, volvió a mí la razón, y con ella, la noción clara, sólida, de todo lo ocurrido. Me incorporé en la cama; mi criado, que vigilaba solícito tendido en un sofá, se acercó y viéndome despejado, me dijo confidencialmente:

—Ha venío varias veces el señorito Velilla... Que no hay cuidado... Que se arregla to ar pelo... Y esta carta han traído el mesmo día que er señorito salió a caballo y no vorvió...

Magnetizado de horror, cogí la carta... ¡Era de Leonisa!

—Vete —ordené al leal servidor.

Que no me había escrito antes por obedecer a su padre... Que éste había fijado un plazo... Que el plazo expiraba aquel día... Que el duque imponía el plazo, porque estaba seguro de que antes de que transcurriese, mi conducta justificaría su negativa cerrada a confiarme el porvenir de Leonisa... Que ella creía exactamente lo contrario, y al creerlo, me ofrecía de nuevo su vida y su alma, siempre más, y más solamente... «Tú habrás tenido fe en mí, yo la he tenido en ti...» Así acababa la misiva...

\* \* \*

Permanecí algunos instantes bajo el peso de mi tremenda suerte, y bajo el látigo con que me azotaba las espaldas la ira del que no perdona castigo, pues no en vano es Justo... Salté del lecho, y sin vestirme, me arrodillé al pie de una butaca, revolví la cara contra el asiento, hundiendo los dedos entre el pelo, que arrancaba sin querer, sin darme cuenta de mis actos, riendo nerviosamente y sollozando por turno, visitado por la impulsión directa, precisa, categórica, de la propia destrucción... Fue un breve momento, y no se hubiese necesitado más, pues mi gabinete

y mi salón estaban llenos de panoplias... Me levanté determinado, y corrí a descolgar un arma. He pensado después si será la circulación de la sangre la que causa ciertos singulares fenómenos: sea lo que sea, a mi lado izquierdo, *la vi...* Y *la orden* de vivir, de expiar, de negarme a mí mismo, pero con humildad, buscando la contricción y el perdón, se leía en sus piadosos ojos, en su cara descolorida, mortal...

\* \* \*

Tardé un día y medio en desaparecer de S... Siempre hay mucho que arreglar antes de despedirse del mundo; y me importaba conferenciar extensamente con Velilla, para aceptar todas las responsabilidades en caso necesario.

—Voy —le dije— a emprender un viaje, pero te dejo suficiente dinero y unas señas, que puedes utilizar si se te ofrece... Estoy pronto a confesarme autor de la muerte de esa mujer, yo solo; que ninguno sufra por mi causa.

—No seas tonto, no te hagas mala sangre —interrumpió mi amigo—. Por el pueblo hay un rum rum terrible; te cuelgan a ti, a ti solo, el milagro... Creo que lo ha esparcido Almanzora... y como yo pueda, andando el tiempo, me las ha de pagar ese solapado, falso amigo...

—El falso soy yo. Almanzora no merece culpa. Eso tenía que saberse.

—Pues no se sabrá; todos negarán, todos dirán lo que se ha convenido; el juez está de nuestra parte; tierra y más tierra. ¿A qué viene esa cara de Ecce-Homo? Los amigos se encuentran perfectamente tranquilos, y, al fin y al cabo, a nadie se le ocurre que hubo en ello sino una casualidad desdichada...

—Cada uno —respondí— sabe lo que lleva dentro del arca del pecho. Cada uno conoce su propia iniquidad. Yo conozco la mía. Adiós, Pepe; no pienses más en mí. Por un año aguardo; quizás sea preciso llamarme a declarar...

—¿Escribirás?

—Tal vez no... Un abrazo... Que Dios te perdone...

Un año, en cumplimiento de mi oferta, esperé, oculto en un rincón de los Pirineos. Velilla me noticiaba frecuentemente que

«la cosa iba a medida del deseo» y que el rum rum se apaciguaba. Pasado el año, escribí a Leonisa dos renglones de despedida eterna, confesándome indigno de que ni siquiera me recordase, y entré en el noviciado de esta Santa Compañía.

—¿Y eres feliz, Enrique? —pregunté volviendo a asir la ardorosa y seca mano.

—Sólo Dios basta —contestó sonriendo con su antigua sonrisa melancólica y arrogante.

—¿Qué hizo Leonisa? —añadí, apoyando sin temor el dedo en la llaga antigua, que acaso sangrase bajo la sotana negra.

Enrique calló un momento; sus labios se movían imperceptiblemente, cual si una oración interior los estremeciese a pesar suyo.

—No he querido saberlo nunca, y te ruego que no me lo digas, si llegas a saberlo tú —suplicó con serena y estoica impasibilidad—. Aquí, el que desea ignorar, ignora...

Y dándome la mano para despacharme —ya sería la hora del rezo, o la de cenar—, me rogó desde lo profundo:

—Sé bueno.

